

Bernardo Ruiz

VIENE LA MUERTE

México, D.F., 1976

Este libro fue escrito en parte gracias a la beca otorgada por el Taller de narrativa del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (1973-1974)

© Bernardo Ruiz. México, 1976, 1988. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita del autor.

Información en:

<http://ruix.biz>

ruix@planceditores.com

Primera edición, 1976

Universidad Nacional Autónoma de México

Dirección General de Difusión Cultural

Ediciones de la revista Punto de Partida

Sin ISBN (69pp.)

Índice

Prólogo: Marco Antonio Campos.

Víspera

Viene la muerte

Linargh

Ahora el mar

Inconclusa

En el silencio del sueño del Origen

Noche de agonía

Gorhage

Viene la Muerte

Para Antonio Cárdenas

Prólogo

Borges, valiéndose de Mallarmé, decía en una entrevista que le hacía Georges Charbonnier, que no había “ninguna diferencia entre el verso y la prosa; que si se piensa un poco en el ritmo, si se piensa un poco en el oído, entonces se hacen versos, aunque se escriba en prosa”. Todo aquel que haya leído al gran autor argentino habrá podido constatar que éste suele rebasar las leyes de una u otra, sin que por ello su prosa o su poesía se devalúen. En éste su primer libro de cuentos, *Viene la muerte*, Bernardo Ruiz acostumbra también internarse en ambos terrenos, quizá más claramente en cuentos como “Ahora el mar” o el lovecraftiano “En el silencio del sueño del origen”.

Herederero directo de Borges, Ruiz le debe a éste cierta afición por el adjetivo, el tratamiento de algunos temas y aun, creo, el gusto por las mistificaciones. No, sin duda, esos arranques líricos en que la rapidez de la música y de la pluma parecen imponer la escritura de Ruiz. El espléndido cuento que cierra el libro, “Gorhage” (y sobre el que tuve la oportunidad de trabajar directamente), recuerda a *Tlön, Uqbar, Orbis tertius*, ese texto borgiano, del que dice Monterroso¹, que cuando se lee “lo más natural es pensar que se está ante un simple y hasta fatigoso ensayo científico tendiente a demostrar, sin mayor énfasis, la existencia de un planeta desconocido”.

El manejo de la mistificación en Ruiz como en Swift o Borges, está siempre apoyado en la realidad histórica, lo que da, ciertamente, la credibilidad a la narración. El dato real y la invención se confunden y uno puede no saber en

¹ N. del E. Augusto Monterroso fue el tutor de Bernardo Ruiz y de otros escritores de esa generación del Taller de narrativa del Instituto Nacional de Bellas Artes. Entre quienes estuvieron en aquellas primeras promociones están: Guillermo Samperio, Luis Chumacero, Juan Villoro, Álvaro Uribe y el propio Marco Antonio Campos.

un momento si se están mezclando lo real y lo falso o si todo es falso o si todo es real. Mencionar en este caso las mistificaciones es tanto como darle la ganzúa al lector y, de paso, arruinar las narraciones. Indiscutiblemente para el correcto uso de las mistificaciones se debe tener un gran cuidado y un apoyo cultural sólido. Ruiz, a pesar de su edad (tiene 22 años), parece tenerlos.

Correctamente estructurado el libro, los cuentos se equilibran unos a otros. Quizá el que salga un poco del tono es el llamado “Inconclusa”, en el que Ruiz parece olvidarse un poco de la historia, de las mitologías y las religiones, para darnos un sencillo y bello cuento realista, pero donde, incluso, no pierde distancia de la literatura. Encontramos también dos cuentos que se complementan entre sí (“Viene la muerte” y “Noche de agonía”), cuyo tema es el mismo —la destrucción de una ciudad— pero donde difiere la geografía: una, es una ciudad griega; la otra, Teotihuacán.

Hay cuentos que destacan: esa búsqueda de una tierra prometida, “Linargh”, el antedicho “Inconclusa” y “Gorhage”, que es quizá el mejor de todos. La primera versión de este cuento (como la de “Noche de agonía” y “Víspera”), tuve la oportunidad de conocerla por la primavera del 1972; la lima y la introducción de nuevos párrafos han hecho ganar más a este pequeño rompecabezas que trata sobre una secta de elegidos.

Durante el tiempo que Ruiz estuvo armando el libro, pude ver el desarrollo y las correcciones hechas y, sin duda, ganó aún más. Constante lector de sus textos, sigo gozando la lectura de la mayoría de ellos como la primera vez.

Creo, concluyendo, y sin exagerar, que *Viene la muerte* es uno de los mejores libros hechos por jóvenes que han sido editados en los últimos años en

nuestro país.

Marco Antonio Campos
México, D. F., junio de 1976

...Vivimos sólo de ilusiones.
Y sin embargo nos estremecemos de angustia
al pensar que ni éstas nos quedarán
—o que nos quedarán para siempre
hediendo, ...

Una noche con Hamlet
VLADIMIR HOLAN

Víspera

Habito cerca del verde paseo de las Erinias. Las hojas caen, viejas, sin viento alguno que las balancee. Paseo viejo y majestuoso entre la tierra y la hierba. No sé que me recuerda el polvo.

Mi orgullo proviene desde le fondo de mi memoria, desde mis cuadernos de niño, cuando escribía: “*Soy yo/ ése,/ el que nadie verá llorar*”. Por esto, por mero orgullo, pienso en mi vida. El sol se ha ido hace un buen rato.

Quién soy, lo sabrá quien haya oído hablar, hará unos quince años, del posible consorte de Malussa Strauss, la de los rojos cabellos, la que amaba el tiempo del ocio y la pereza.

El pasado lo van formando cada una de las letras que aquí escribo, como último recuerdo de tantos instantes que a partir de este momento comenzaré a olvidar. Sé que no he llorado ni pedido perdón. No me arrepiento. Ignoro muy malos ratos y, ¡ay de mí!, he olvidado hasta el color del mar... Sin embargo, hay tardes en las que aún soy sincero. Lo soy porque permanezco sin nombre, en esta ciudad donde nadie me recuerda.

He visto muchos atardeceres. Vi rielar innumerables lunas sobre el río, a través de largas madrugadas he hallado a mi sombra que busca, todavía, el oscilante cuerpo de la anterior velada. No por ello soy menos humano. Es triste saber que se va uno quedando frío y solo entre los vivos. Como los muertos.

Nuestras bodas fueron celebradas con un banquete que duró veintidós días con sus noches. Pero en esta vida cansa hasta la vidaa. Diez años después, Malussa Strauss, la mítica, descendía —sin tener quien la llorara— hacia su tumba. No por ello soy menos humano.

Sobre mi escritorio, un retrato vela mi sueño. Sueño al que sólo yo

conoceré, que nadie más sabrá. Aunque no olvido que es muy triste despertar en un cuarto vacío, en una casa desierta, como una ciudad o un continente. Desvencijados cascarones y antiguas bambalinas de un escenario para nadie. (Qué diferente sería la soledad si pudieran cerrar lentamente sus ojos los retratos.) Sí, en mi cama durmió, durante años, una mujer infiel de ojos de mar que se volvían grises con el viento.

Me contaron que bajó a la tumba auxiliada por unos rápidos cordeles. La tierra —había llovido— estaba húmeda. Mientras tanto, tuve que pasar horas y horas, la tarde y la velada en la comandancia; explicaba, bien tranquilo, algunas de las razones que me llevaron al asesinato. Mil cien pretextos: cuando me quisieron castigar, pensé en lo lejano de las estrellas. Y seguí pensando hasta caer en la cuenta *de que había creído amar*: amar como hacen sólo los humanos o los dioses. Con el tiempo he visto que no soy sino el menos egoísta de los hombres. A veces, como ahora, el tedio me hace pensar en mí porque quiere amordazarme. Sabe que no me quiero defender —ya nadie lo hará conmigo.

Aunque no sé cómo todavía, ella ha de volver a mí, murmurará muy despacio que me ama —aún— como antes. Querré sentirme muy triste, le gritaré: “no, no es cierto”. Y ella partirá llorando.

Sé asimismo que mis hijos señalarán mi cuerpo gritando que ese es el cerdo que los engendró. Del mismo modo, señalándome, nadie elevó su protesta cuando fui condenado a la horca. No habré de sobrevivir.

Cerraré la puerta cantando *tra la la* y no crea nadie lo que he dicho. Se acerca la hora del sueño y comienzo a creer, a convencerme de que he amado; imagino con temor que alguna vez una mujer se pudo fijar en mí. Pero sé que

nada importa. Por ello le miento al cura diciéndole que por las noches me visita el *más bello fantasma* que uno pueda imaginar. Aunque nadie imagina nada.

En las noches, de pequeño, me quedaba con el oído pegado a la pared tras la que escuchaba el llorar de una soprano. Yo me decía que eran los ángeles que cantaban para mí. He conocido muchas alboradas.

Cerca de aquí —lo veo desde mi ventana—, hay un bosque al que cuidan diosas justicieras: las Erinias. Nadie se enteró jamás de lo que hacía de niño, después de que la noche caía. Para mí será el lento sueño del ahorcado.

La primera vez que me preguntaron si había matado, respondí que me seguía quedando vivo —aún— en el intento. Es el recuerdo de mis ocho años, cuando me abofeteó mi padre por haber decapitado, en un dibujo, a mi hermano el pequeño en un paraje desértico. Además, me dediqué el dibujo. Hoy sé que hice bien; he sido vanidoso y egoísta; pero siempre —por mi acto de conciencia— menos vanidoso y egoísta que los otros. No sé si soy el que se espera.

Escucho todas las mañanas el desdoblarse de los pétalos al nacer la flor. Es un bello despertar de mujer, como el más efímero lamento. Esta mañana yo seguía tras los barrotes y las rejas mientras la veía pasear a lo lejos. Tal vez soñaba. Quisiera nada más un beso, quisiera...

Por eso, en noches como ésta —víspera de mi muerte—, se habla sólo de amor y de adioses.

Como la sombra centelleante que atraviesa los cristales, llegó el silencioso fantasma que ha de guiar mi espíritu mañana al amanecer. Pero, ¿quién ha visto el sueño del ahorcado?

Viene la muerte

El fuego comienza a destruir las casas más cercanas al templo de Vesta. Ares —lo sé— no se apiadará de nosotros. Como cualquier hombre, ahora me conozco débil, incapaz de servirme de la fuerza de mi espada. La novedad de la derrota — nada nos salvará— precipita la ciudad hacia la muerte. Cerca de mí lloran mi madre y mis hermanas. Por ello, pido fuerzas a los dioses: para que no temblemos en el último de los instantes, cuando crepiten las llamas y nuestros gritos se confundan con la luz de la mañana.

Dejo que mi madre siga con sus lamentos por la pérdida de su hijo y de su esposo, muertos esta madrugada cuando intentaban hacer más larga la agonía de esta ciudad. Cada gemido es una petición de valor infinito: ignoro si los dioses nos escuchan. No soy un héroe. Mi padre y mi hermano murieron defendiendo las puertas antiguas de la ciudad.

Aunque en los últimos momentos de Laodicea las vírgenes y los mancebos se entregaban a los más desenfrenados vicios en el instante previo a la devastación final, nosotros no queremos tal cosa. Sabemos que ha sido la guerra, nada más, y que hemos perdido.

Pese a que está sitiada la ciudad, la vida continuó normalmente. La gente paseó como de costumbre por los jardines. Con el fervor de siempre, los devotos asistieron a los sacrificios. Yo hubiera querido ir de cacería o tocar la flauta con mis amigos en la plaza del Heraclión. No, no he podido. Me sentí sin el ánimo suficiente para hacerlo. Sin embargo, estuve en la plaza y observé cómo conversaban a lo lejos los ancianos, mientras unos jóvenes se burlaban de la fealdad y gordura de Marcela Lisánida. Tampoco

falta quien ignora la situación y planea un día de campo para mañana. Es absurdo, aunque halagador y hermoso, saber que nadie niega la última esperanza, ésa, la que no existe: la que tanto han loado las odas y las églogas: la inútil esperanza.

No puedo llorar. Tal vez las mujeres han agotado todas nuestras lágrimas. Sé que no habré de regresar al borde de los acueductos, ni al pie de los acantilados (rojos por la sangre del crepúsculo), ni me volveré a ver otra vez en el mar mientras hacía trazos en la arena, meditando. Lo sé con la misma indiferencia con que pienso: hay polvo sobre la crátera.

Aquel lugar, para mí inolvidable, donde tantas veces la amé quedará vacío. Después de la invasión, sólo persistirán el humo y los escombros iluminados con los restos sombríos de los que habremos muerto por un ideal soñado apenas por los dioses. Es extraño, la palabra honor suena débil de tanto repetirla.

Para no entregar la ciudad, hemos acordado imitar a los de Numancia y Siracusa. Después de quemar nuestras casas y matar hasta el último esclavo, yo —como mis conciudadanos—, me atravesaré con mi espada. Agrigento jamás podrá decir que nos venció.

Ayer los niños pedían juguetes a sus padres. Orgullosos, hicieron sentir el dolor de la riqueza al mercader que no quiso regarlos.

El halo de incredulidad que rodea cada uno de nuestros actos sólo deja respirar el encanto de la derrota; es como sonreír con tristeza a la amada a la hora de la despedida, cuando se sabe que no regresará. Y al decir esto, pienso en ella, en Crinia, la que no querrá morir sino con mi

daga. Y temo que mi mano tiemble en ese momento: el segundo en que estaré solo.

No vale la pena enfurecerse ni maldecir a los dioses. Esta tarde se reportaron los refuerzos: "Llegaremos en tres días"; para entonces cavarán nuestras tumbas.

Así, y con todo, este día fue inolvidable. La risa de Apolo a la hora del paseo entre las columnatas del panteón, el olor a incienso, los cánticos de las sibilas y las sacerdotisas hundiéndose como una lanza en la memoria; todo esto, y el cielo claramente despejado, debió permanecer. Como las eternas murallas iluminadas por el último crepúsculo.

Porque en el ocaso me penetró —como si me penetrara el cuchillo de la muerte— un ansia definitiva de claridad, una sed de infinito, de lejanos días en que el eco de las plegarias de cada uno de los hombres fuera un himno de alegría para los dioses. Una acción de gracias por el destino —después de todo misericordioso— que nos dieron los inmortales.

Teócrito, sentado en una de las escalinatas de la fuente de Neptuno, cantó y explicó unos versos que un juglar de Alejandría le dedicó. Creonte, sonriendo siempre, recitó párrafos enteros de una teogonía desconocida. Yo me quedé callado, pensando únicamente que no soy tan viejo como para tener un amigo que me dedique unos versos, ni tal valeroso como para que los poetas y los dioses me crean dentro del número de los elegidos.

Después, he subido a la torre de la ciudad, donde habitan los sabios. Me he despedido de mis antiguos maestros y de mis amigos de la academia. En un oscuro corredor creí reconocer a Hicón: parecía leer una tablilla. En realidad suspiraba a punto de deshacerse en lamentos. No quise consolarlo,

he salido sin despedirme. Regresé al palacio con algunos conocidos. Era común en nosotros la melancolía. Con ellos reí y suspiré en la libación por Menio Teodoro. Finalmente me abrazó esta vaga e indefinible nostalgia.

Alrededor de la ciudad veo que comienzan las hogueras a extinguirse. Adivino el ansia en la mirada de los conquistadores, el odio y el rencor acumulados durante tantos meses cebándose con nuestra sangre; la ciega y dura compulsión de la rapiña que les hace sostener las lanzas, y miro como nubes las funestas alas de Niké que anuncia el horror de nuestra caída. Ahora se acomodan el escudo.

Intuyo más allá de las montañas el perfil de la nueva aurora. Pienso en los apenas diecisiete años que he vivido. Y en los que ahora me toca ignorar. Me duelen el alma y lo que pudiera quedar después del alma.

Ahora sé que la noche sólo sirve para que lloren los que en un momento morirán sonrientes, para que los maridos renuncien a sus mujeres y para que los sacerdotes quemen los archivos de la Sidonia. Asimismo para que yo, Licámedes de Esmirna, me pueda maldecir con los hombres y busque abrirme paso a través de las cloacas con el miedo gritándome en el oído que debo alcanzar el día.

LINARGH

Para Regina

Si los secretos carecieran de dificultad o de misterio, el hombre no se sobrepondría jamás a su ignorancia. Así, la existencia de Linargh lleva varios siglos en el olvido, mas siempre habrá quien desee penetrar en su silencio.

Atravesé el desierto y la montaña para venir a la caverna. Algunas leyendas mencionan las milagrosas propiedades de las aguas que habitan en su interior. Sin embargo, jamás aparece en mis sueños manantial alguno; sólo los esqueletos de hombres desaparecidos hace mucho.

Siempre oí hablar de Linargh, la cueva de los secretos, pero sólo ahora, cuarenta años más tarde, he podido llegar hasta ella.

Los antiguos contaban en voz baja la historia de este lugar situándolo más allá del río cuyas aguas alimentaban el mar de hielo y el océano de los amantes. Los etíopes hablaban de su existencia invocando con la misma palabra a todos los peregrinos que venían hasta Linargh. No recuerdo el sobrenombre para aquellos viajeros, pero la cueva era casi un sinónimo de la casa de Venshar y Steja.

Un inglés desterrado me relató algunas de las leyendas relativas a este sitio. Refería que tanto Psiquis como Odiseo durmieron aquí en su camino: la una hacia el templo de Venus; el otro, rumbo a las puertas del Hades. Otro héroe, Anlek, lavó en este lugar sus heridas con el agua de la lluvia filtrada hasta la caverna.

Beckforth —así se hacía llamar mi interlocutor— agregó que sólo un esclavo romano liberto y seis autores árabes mencionaron después, en sus

memorias, la existencia de Linargh. Únicamente en tres leyendas medievales encontró referencias un tanto veladas acerca de este sitio.

El mismo Beckforth escribió un breve tratado al respecto; sin embargo, aunque hubo muchos estudiosos de ciencias ocultas que hallaron en el texto la llave de precisos misterios, ninguno comprendió el significado único de sus palabras.

Esto no quiere decir que no hubiera buscadores de maravillas que llegaran a la gruta anhelando descubrir la existencia de algún paraíso prehumano. A ellos los inspiraba únicamente la nostalgia de una tierra más perfecta (como fueron Lai-Dur, Karam, Shangri-La o la Atlántida).

Pero Linargh no pasa de ser una cavidad que penetra primero horizontalmente en la tierra, sufre un pequeño ascenso, desemboca en una cámara de reducidas dimensiones (que podría servir de habitación a un hombre) y termina en lo que es la gruta de la esperanza. Es en este último compartimiento, en el que jamás ha penetrado la luz, donde el ser que llega a ella pierde todo contacto con su mundo y el de los demás hombres, y donde quien permanece lejos del tiempo solar y de las estrellas conoce la raíz del secreto que lleva consigo (más allá de su memoria, y del principio de su amargura).

El mundo agota la imaginación de un Dios en cada una de sus criaturas; de ahí que no me preocupe ser uno de tantos hombres que ha de ver en Linargh más allá de su lento fin y su comienzo. Yo mismo he dicho que Linargh podía ser tanto una pirámide de Egipto, como el espacio abierto a las sensaciones de un ciego, o aun, el útero materno.

De joven quise ser aventurero. Aprendí la historia de los pueblos que quería conocer, las costumbres de otras razas para burlarme de la mía y comencé a soñar cada camino. Ignoraba el mar y los crepúsculos: estaba seguro de conocer todos los mares y todos los crepúsculos. Si dejé todo, fue porque quise probar el abandono. Lo saben bien Ligor, el despreciado, y Mauro, el mágico mendigo.

Mauro descubrió a mitad de la noche la luz encendida de mi refugio, tocó a mi ventana, y oí de nuevo en esa voz grave y profunda la tristeza del nombre con el que los antiguos entretejían su imaginación y sus recuerdos: "Linargh". Por boca de Mauro supe que la degeneración de sus hermanos, de la peste que asolaba los poblados circunvecinos, y de la voz que lo golpeaba en sus pesadillas, diariamente, prometiéndole la guía hasta el abismo que separa, más allá del fin de todos los caminos, el macizo montañoso —donde está el secreto de la tierra— y el desierto. Me indicó también el nombre de aquellos otros dos ascetas que, sabía él, podrían señalarme la dirección y principio de mi viaje. Mauro desapareció en la noche del mismo modo como había venido; sus primeras palabras fueron como las últimas:

—Todavía he de continuar. Regálame un poco de vino—. No he de verle ya.

Me puse a buscar a Ligor. De él me estremecieron su sonrisa desesperada, su respiración agónica y el paraíso del que hablaba desdeñando la lepra que se hundía en su carne. Como Mauro, Ligor había renunciado a todo vestigio de vanidad y deseo. "Este hombre —pensé— ha agotado la experiencia humana. Quizá ha visto innumerables generaciones y conoce a todos los hijos de la tierra."

—Tal vez —respondió—. Pero sigue los caminos señalados por las

sombras y no te apartes de los corredores que marcan el simún y la arena en el desierto, ni del sendero que muestra la luna a través de cada intersticio de roca. Nuestros vicios limitan el mundo, pero conozco el sitio donde no hay nombre para lo que verás.

Comencé a caminar. Y anduve solo mucho tiempo, sorteaba las ciudades y dormía en el lecho de las fieras. Perdí en mi cansancio la numeración de las lunas y los soles. Conocí a Beckforth al principio del desierto. Hablaba con lentitud, pronunciando muy despacio su tristeza. Asqueado de su pobre voluntad se había desterrado de los vicios que acabaron con sus fuerzas. Yo, en cambio, dejé el pasado para buscar un oscuro vacío.

Nos amistó la soledad. Juntos nos internamos en el desierto. El sabor del polvo nos asediaba en silencio. Muchas veces, más que el calor, el frío castigaba nuestros cuerpos. Con el alba y el sol del mediodía deseábamos de nuevo la noche. Y, otra vez, el sabor del polvo nos taladraba en silencio. Sólo hierbas raquílicas, sed, huesos dispersos en la arena son las únicas imágenes que perduran del desierto en la memoria. En las noches, si no el viento, escuchaba pasear callada la agónica melancolía de Beckforth: —Extraño los sonidos del mar —murmuraba—, el mar, el mar sin nubes...

"Beckforth desea morir lejos del recuerdo —cavilé un día—, lejos de las imágenes que forman las praderas, las colinas de su tierra y los océanos. Se perderá en algún espejismo antes de que regrese de mis sueños."

Así, he vuelto a caminar con la soledad. Mi cuerpo cansado oyó algunos cantos en el ocaso altivo de una tarde; era solamente la arena que cerraba cada poro de mi piel. Una mañana —la siguiente, creo— divisé por fin la cordillera de Linargh. Al contemplar por última vez el desierto, no sé

explicármelo, he recordado (y sentido), las mujeres, la lluvia y la tristeza.

Venciendo el cansancio, he llegado en dos jornadas hasta la caverna. Sueño que penetro en ella. Mis pies pisan el polvo de mis antecesores. En la oscuridad canto o escribo la historia de mi sueño. Tal vez, mi cuerpo descansa en el desierto.

Ahora el mar

Viene en los dedos del viento el invierno. El padre Sckilshich nos dio la bendición esta mañana. No tuve fuerzas para decir adiós a nadie. Fue lo mejor. Si no, los pocos amigos que aguardaban en el frío del puerto nuestra partida hubieran visto que temblaba con sólo mirar el oleaje del mar. No recuerdo ningún paisaje memorable: atrás, sumergidos en la neblina, quedaron algunas cabañas, los lagos congelados del interior y las praderas cubiertas por la primera nevada. Más que la tierra, dejamos la vida y el pasado: el recuerdo de muchos años tranquilos en la larga noche invernal con el abrigo del fuego, el sueño de nuestros hijos, la sonrisa de una mujer y la voz profunda del padre Sckilshich explicando con gravedad en la misa de medianoche el misterio de la redención. Ahora, somos tres hombres perdidos para siempre en la nostalgia del sueño eterno, como dicen los rezos del padre Sckilshich, por amor a nuestros hermanos.

Desde los orígenes de mi memoria estaba el mar. Hoy, por vez primera en muchos años, lo vi con miedo, cuando sentí el vértigo que anuncia, en el fondo de la carne, la proximidad de la muerte. El mar me esperaba porque me ha esperado siempre.

Veo los brazos tensos de Adrián. En medio de la llovizna hace con las cuerdas unas cuerdas más largas para dominar la vela, el viento y el mismo miedo.

Todo hijo de las verdes tierras de Evin, las islas del oso blanco, lleva en su sangre el amor a las olas y a la negra tempestad. Ninguno teme el

embate de las flotas piratas ni la espada naranja del relámpago que corta la mitad de las naves. Pero un escalofrío recorre las espaldas y las almas de los hombres, cuando al principio de la noche de invierno, las estrellas marcan la hora (nunca mencionada en las reuniones) de lanzar al mar los cuerpos vivientes de los tres mejores marinos: los que tienen más trofeos en su cabaña, los que no dejan romper al océano sus redes, los tres hombres que con mayor cantidad de peces fortalecieron los cuerpos de las mujeres de piel de nieve que engendran hijos para Evin y los llevan en su seno en la larga —única—noche de invierno.

Cuando me canse de sacar agua del fondo de la nave y me canse de mis pensamientos, supliré a Andrés. Luego me suplirá Adrián y a él lo volverá a suplir Andrés hasta que el cansancio del tiempo rompa el mástil y el timón , y juegue el mar con nosotros y venga la paz de la muerte.

Otros pueblos nos acusan de idolatría. Es falso. Nosotros obedecemos la ley que nos dio la vida: lo dicta la tradición. En otras latitudes Dios puede ser misericordioso. Por el meridión de Evin no pasan sino el dolor y el sufrimiento, a menos que Dios reciba las almas de los mejores. Los que supieron ser hombres. En ese momento el cielo deja ver su luz, rompe la noche y los pescadores pueden guiarse en la transparente claridad del alba. La tormenta perdona sus navíos y la negra ballena respeta los costados de sus embarcaciones. Se abre el mar con la muerte de los hombres, se abre el día, y las praderas verdecen y quedan cientos de peces en las redes y en las costas. Nuestros hijos crecen, pueblan las montañas y dominan los acantilados de las islas innumerables. Harsen, mi hermano, colonizó la isla de Docken. Mi hermana es reina de la tierra de Ganig. Gresen, mi hijo, duerme con su mujer en el fjord de Brehn.

Cuando vuelven las ocas a los lagos en la primavera y huelen a celo los bosques, el padre Sckilshich —como antes que él los antecesores del padre Sckilshich— bendice los barcos anclados en el puerto y oficia la misa de san Pablo el menor. Entonces se despliegan las velas, el viento las hincha como botas de aglid y tan valerosas como un bebedor de aglid las naves hienden las aguas. Ese mismo día, cada familia celebra la fiesta de las lanzas y se invita a los peregrinos a comer junto al hogar la carne de jabalí guardada en cerveza durante un año. Los cazadores bajan a los poblados y se consuman las bodas de las vírgenes de la tierra de Evin (suaves como las brisas que en las tardes hace regresar a Evin nuestras naves).

Pero así como hay días felices, la llegada del invierno es una madrugada con las primeras estrellas. Todos quisieran el sueño, pero velan. Sienten cercano el dolor: se los llevarán las olas. (Ya sentimos por ellos nostalgia). Lloran algunas mujeres. Ese día también recordamos a los muertos. Ahora mi mujer se acostará en el insomnio y estará con mi vacío.

Muchas estaciones atrás, el rey Gern se lamentaba por su pueblo. El hambre, la enfermedad y la superstición hacían infelices a sus gentes. Eran idólatras que sacrificaban aves y peces a los dioses condenados. Pero el cólera y las tempestades acaban a los hombres. Un día, compadecido del sufrimiento de aquellos ignorantes, Dios envió a las costas de la isla de Levn a Joel, el arcángel. Joel no llevaba más que una túnica suave y delgada como el pelo de los osos. Y en nuestros oídos sus palabras parecían de música. Hablaba nuestro idioma y comía como nosotros: los mismos peces de escamas azuladas que nos alimentan (los peces tienen el color del mar). Y nos enseñó a tejer redes más fuertes y a amar a Dios y a nuestros hermanos. Fue el primer periodo de

tranquilidad que tuvo el pueblo de Gern. Y Gern tuvo a Joel entre sus favoritos.

Gern casó con Rega, hija del emperador de Wilch, y Dios bendijo su unión y la sabiduría de Joel protegía a los hombres de la isla de Levn y a los aliados de la prosperidad de la isla de Gern y Wilch (el imperio del mar y de las islas). Un día, dice la crónica de Gern, el día del nacimiento de Lyf, el hijo de la alianza de los reinos, los hombres de la isla y sus hijos y sus mujeres festejaron el advenimiento del príncipe. Cuenta la misma crónica que en toda la isla se oía el eco de los cantos de las mujeres y los gritos de júbilo de los varones. Un estallido luminoso en el cielo pareció profetizar grandes venturas a Lyf. Y —es testimonio de la Iglesia— nueve hombres justos volvieron a la vida. Dios bendecía la floreciente tierra de Evin.

Pero Joel y dos consejeros del rey celebraron bebiendo aglid en demasía. Después, el arcángel apenas recordaba haber dicho, un momento antes del sueño, palabras secretas de Dios.

Dios se sintió traicionado. Joel amaneció adolorido, hablando como cualquier hombre. En sus sueños Dios le había dicho que le quitaba la inmortalidad. En adelante Joel sería como el rey y los pescadores, es decir, cualquier hombre.

Volvieron los antiguos males, las viejas enfermedades y las tormentas. La muerte volvió a ser la más difícil y triste costumbre en las tierras de Lyf y Gern. Los cazadores, los niños y el rey hicieron penitencia: "Dios, ten misericordia de nuestros pecados y de tu arcángel que ha pecado."

De nuevo habló Dios en sueños a Joel y le dictó la condición para hacer de Levn el antiguo paraíso. Y los hombres de Levn esculpieron en el portal de la iglesia del arcángel, al pie de la más alta colina de la isla, las

palabras con que Dios nos perdonaba:

*En la estación de la noche
envía los mejores hombres.
Dios te perdona Levn. Quiero tres.
Y por ellos la fuerza de mi brazo
te defenderá del mal y de la eterna muerte.*

Así está escrito. Y los que dieron de beber a Joel y Joel salieron ese año de las costas de la tierra de Gern y el mar se quedó con ellos. Y el acto se repitió en el reinado de Lyf y en el de los hijos de Lyf. Y continúa. Lo confirma la antigua historia de Evin. Desde entonces, el único orgullo para nuestra raza ha sido la fidelidad al Dios que alimenta a nuestros hijos. Así, esta noche nos corresponde abandonar la tierra.

Nuestro viaje no es muy largo. Para llegar al reino de los hombres negros bastarían apenas tres meses. Con nuestra muerte las ocas regresan con su vuelo a Evin y hacen su nido en los juncales. La mano fuerte del protector limpia de nubes el cielo y las noches tienen la claridad del día. No podemos arrepentirnos. Y no venceremos al mar.

—No extraño nada. Dishé me dijo ayer noche que puede amar todavía a muchos otros. Pero pienso en la nostalgia del mar en la muerte—. Las palabras de Adrián apenas poseían cierto dejo de rencor. Tal vez él sea el único que no tiene miedo. Es el más joven de nosotros; la vida y las mujeres apenas lo han marcado. Yo, con mi edad, no puedo hablar con tanta indiferencia de esas cosas. Pero —lo veo— su barba aún es negra y en su cara no hay ninguna arruga más allá del gesto con que aprieta los dientes porque quiere que el mástil resista todavía unas horas.

Andrés lleva el timón, se abraza con el cuerpo al timón como si

fuera el cuerpo de la última mujer que ha de tocar en su vida. No deja de mirar, admira las olas crecientes que libra infatigablemente la nave. Persiste la llovizna y aunque me duelan los brazos, las piernas y la espalda no dejaré de sacar el agua del fondo de la nave. Aunque algo en mí me quiera convencer de que es inútil; la nave no resistirá.

Dios vela sobre el mundo, no duerme como la luz ni protege la noche como los fantasmas. Está siempre invisible. Cuida de que cada momento nos acerque más a él. Recuerdo que el padre Sckilshich explicaba que seríamos poderosos si supiéramos cuáles fueron las palabras de Joel la noche de su embriaguez. Sólo puedo imaginar. Ahora la noche está cerrada, Dios contempla y se esconde en la oscuridad. Está tan solo como nosotros. Y aunque la nave se dirige hacia algún puerto, no tocaremos ninguno. Si el mar fuera silencio oiría la respiración de mis compañeros. No es posible. Nada es posible.

No sé cuántas horas llevamos en el mar. Las nubes ocultan el cielo. No hay ni pedazos de estrellas. Apenas puedo entrever algunos recuerdos que nunca antes habían vuelto. Yo estaba con el torso desnudo en el lago de Mam cuando el padre Sckilshich (es muy viejo el padre Sckilshich), vestido con una túnica clara que me hizo pensar en Dios, se acercó hasta mí para bautizarme. Después, siempre, el padre Sckilshich usó la túnica negra.

Andrés escupe furioso contra el mar; apenas lo guían el ruido de las olas y los golpes del viento contra la barca. Han pasado ya muchas horas. Me duele saber que Dios podría ser tan misericordioso como para permitir que nunca se hundiera la nave. Así, nuestros cuerpos se perderían a la deriva. Pero los peces devorarán nuestra carne. Sólo siento frío. He perdido las fuerzas. Es

fuerte el viento; nos remolcará hasta el abismo. Me pregunto por qué es tan amargo el sabor de la agonía. Ya basta.

Con la costa, con el recuerdo de Evin, el miedo se ha ido alejando poco a poco. Quedo en el mar con mis dos amigos. Soy el más viejo: seré el primero en despedirme de ellos. Ojalá nada quede de nosotros. Y regresen a Evin las aves de la primavera. Cae el mástil. Como Andrés, Adrián y yo nos hemos amarrado a cubierta. Nos pueden arrastrar las olas. O el viento.

No volveremos a ver la luz ni a tocar la arena húmeda de la playa. No creo que quede mucho tiempo. Adrián reza a gritos: "Líbrame señor de la muerte eterna...". Y yo me muerdo los labios. Mi hijo duerme con su mujer en el bosque que huele a celo en el fjord de Brehn. Andy es reina de la tierra de Ganig. Bella como una rama de abeto es Aly la mujer que matará mi ausencia. A esta hora, como de costumbre, el padre Sckilshich reza por el descanso eterno de las almas de los muertos. Ruega por nosotros, Padre Sckilshich.

Inconclusa

No me importa el descanso eterno, se dijo. Quiero sentir el mundo, descansar en él como pocos lo hicieron. Siguió revisando oficios del primer secretario; como por arte de magia sumó una larga columna de números, corrigió la adición mientras maldecía entre dientes los dedos equívocos que alucinan con las calculadoras. Tocó turno al capítulo CXLVIII de la novela del Lic. Maldonado: *ella desía que antes que nada quería ovtener la finca porque si no nos sabía que iba a ser, más luego de eso que no, que siempre no porque las medidas estaban mal tomadas. Pudo recurrir al amparo el cual le denegaron...* De otro modo no sabría qué hacer. Corrigió:

"...Ella se contradijo; sus indecisiones desconcertaban a todos los magistrados. En un principio hablaba de la finca como un bien insustituible, como una agonizante que espera la extremaunción. Después negó, alegó incontables fraudes (viciosamente alguien había alterado límites, otra mano sustituyó escrituras de unos terrenos por escrituras de páramos y abismos); sólo parecía importarle el alegato. Así, un día se amparó. El único remedio para la corte fue lavarse las manos; argumentar que no se puede decidir sobre sitios imaginarios..."

No comprendía los intereses artísticos del primer secretario; entre los gobernantes era como todos; así, que hiciera su papel, que escribiera realmente sus discursos y estudiara la situación con objetividad. Él no era nadie

para "aconsejar" las decisiones que los periódicos atribuían al primer secretario.

A él le gustaban solamente el cuidadoso andar de algunas mujeres, la lectura de gruesos volúmenes de novelas alemanas, la Biblia, y diez o doce clásicos. No tenía muy claro qué hacía ahí, en el octavo piso desde donde contemplaba los techos cuarteados de los edificios del centro, las casas de los pobres, y las ropas, al sol, de los pobres. Los comentarios —no sabía si de él o de Maldonado— acerca del progreso y desarrollo de la nación eran lejanos, como los juicios laudatorios sobre el valor de los príncipes y dioses que consumían por ella sus fuerzas y desvelos. Aunque Maldonado mismo lo felicitaba con frecuencia por su actividad en el Departamento, por su dedicación a los problemas de la Secretaría, y lo invitaba a descansar siempre: —Tómese unos días. Salga más temprano, doce horas matan a cualquiera—. Tal vez lo decía para que no lo hiciera.

Maldonado ignoraba que con la oficina desierta, con el sol tras los edificios y montañas, con la tregua de las máquinas de escribir y el resto de los empleados ausentes, él vivía las horas más amadas. Salido el último de los trabajadores, abría puertas y ventanas. Se encerraba en la lectura del Werfel y de Mann, olvidaba cenar y —algunos días— hasta se quedó dormido en su silla con tiempo apenas suficiente para cambiar de corbata y peinarse, al día siguiente, antes de la llegada del muchacho del aseo, el que habla siempre de sus días de barrendero en un pueblo donde las calles "a diario eran distintas". Decía el muchacho: "el paisaje, aunque sea de rutina, se ve a diario nuevo".

Pero ahí no era lo mismo, y coincidían: la cantidad de colillas, papeles arrugados y rostros ojerosos es igual siempre. Fue por un vaso de agua —aún no podía tomar café, su gastritis aumentaba—, encontró a la

repcionista, una mujer de tez oscura que lo miraba siempre como queriendo sonreírle o preguntarle algo. Hablaron del clima, de las comidas agobiantes; ella comentó las búsquedas injustificadas de príncipes y emperadores —no importaba— en el Departamento. Por divertirse, él le preguntó si no lo había buscado un muchacho de apellido extranjero, de orejas filudas y ojos penetrantes, negros como sus cabellos. Tímido, no muy alto. —¿A usted o al licenciado?.

—Da lo mismo, cuando venga, páselo, no lo olvide—. Y él se conmovió con el rostro, próximo a la pesadumbre, de la mujer que no podía complacerlo, decirle que sí, que había ido a buscarlo Franz, aquel muchacho; porque fuera del Departamento nadie preguntó jamás por él. Y entonces, como un dios que confiara algún secreto, le dijo a ella: me gusta pasear por los parques, contemplar las ideas que admiro; y detesto cada uno de mis actos en los pasillos y oficinas. Ella dijo "yo también", con tono suplicante, como si deseara convencerlo de que su cuerpo de recepcionista merecía alguien como él, que gustara el largo sueño y el despreocupado amor del alba.

Regresó a su escritorio contento por su debilidad pero, inmóvil, pensó únicamente en sus ediciones baratas, en sus libros raros, en el libro que pensaba escribir antes de viejo y en el hastío de los folios y oficios que empezaron a pudrirse en su escritorio mientras él caía en el sueño monótono del sol de la tarde.

En el silencio del sueño de origen

Yefratis duerme esta noche en la cúspide espiral de la torre que guardan los treinta gemelos de Zuh. Zuh concibe a sus hijos en los huecos de las cloacas. Amamanta Zuh a sus hijos en las subterráneas escaleras de alguno de los universos (nadie sabe a dónde ascienden: son siempre largos, incontables).

Zuh construye un campanario con los huesos de sus hijos muertos: capaz de cegar el día sin un sonido siquiera. Ella descansa en los abismos y en los subterráneos de las praderas de Freg. Zuh es la madre del mundo, la que con el Origen nos formó de luz. Por ella se hicieron el orbe y los universos. Los ojos de Zuh son profundos y serenos y acarician como el sol que embellece la piel de las jóvenes sirenas.

A través de la tierra de Karam, donde nacen el euforbo y las estrellas, cualquier camino conduce a Greb. La suprema ciudad de los doce continentes.

Una raza sabia es dueña de la mitad de ellos. En la otra, duerme el mar y sueña; sueña con las hijas de Svenhal. La raza sabia sueña a veces con los dioses, y acaricia alguna palabra inútil para la creación. Alguna inútil palabra que dejó olvidada el Origen cuando hizo para Zuh los mundos y los universos: un arco que no sostiene bóveda alguna; el resorte que conduce al extremo de la cúpula que no abre el ángulo de los cielos. El absurdo absurdo de encontrar, después de la llave dorada, el picaporte, la puerta, y el largo corredor vacío por donde no transitan las almas, ni una sombra, nada.

Pero hay otras galerías. He visto su reflejo entre un parpadeo y el

siguiente de los ojos de Yefratis; otras galerías y corredores donde aman las sirenas a los dioses de esmeralda.

Bondadoso, cada noche Yefratis me sonrío antes de que velen su sueño los hijos guardianes de Zuh. Para ti Yefratis, para divertirme, apago de una caricia el brillo de los horizontes. El morado resplandor que insinúa con vaga forma la presencia de la noche. Me recorre entonces un estremecimiento —como si incontables estrellas trataran de penetrar mi carne. Y traigo para que duermas los ecos de las voces de las hijas de Svenhal. Y aunque duermes, contemplas como en la vigilia los juegos de Zuh con tus hijos, el resplandor de los soles y colecciones de soles de otros universos y el sueño mismo del Origen que contempla cómo nacen las estrellas de la tierra de Karam. Yefratis contempla y vigila el equilibrio de los orbes.

Los demás dioses beben las aguas del mar y sueñan. Me pregunto qué pueden soñar los dioses. Yo no sueño. Zuh, en cambio, habla de seres extraños que inventan para ellos mismos desgracias. Las sirenas hablan de blancas doncellas que en las tibias noches de Freg esperan alguna palabra del mar. Los habitantes de la tierra de Karam describen verdes mantos donde animales con la forma de alguno de los hijos de Zuh abren caminos para recoger la lluvia. La raza inteligente sueña que puede soñar como un dios.

Si soñara, si sólo estuviera soñando y Yefratis sólo estuviera en mis sueños con una imaginaria corte de dioses para alabar su grandeza, me sentiría estúpidamente solo, soñando con largos infinitos que el universo prolonga.

Descanso cuando me reflejo en la bruñida superficie con que miran los seres de la raza inteligente; o cuando vuelo como el ave legendaria

que oscurece como su sombra las altas columnas de la altiva Greb.

Mi primer pensamiento lo tuve allá, en el Origen. Cuando oí sus primeras palabras: oí el soplo suave de las tinieblas acariciándome como un beso de Zuh. Apenas alcancé a tomar aquella palabra entre mis labios (era triste y delicada). Comprendí que era mi nombre: Teognis, el que menciona la noche. El que habla en las sombras.

Sé todo. Mis pasos llegan hasta la frontera donde descansa el Origen. Zuh me acompaña. Le pido me hable de sus hijos y ella nombra cientos y millones de escaleras, de cloacas, de cavidades y de vacíos donde florecen, ávidos del amor de Zuh y Yefratis, cada uno de sus hijos. Se despoja la diosa de su velo y mi luz la baña mientras me hundo en la clara espuma de su cuerpo. Entonces el Origen se conmueve y un destello cruza el rostro de Zuh, llena de hermosura su rostro como el destello de las luciérnagas en las noches de los lagos de Karam.

Cuando está con nosotros Yefratis, nos hundimos en los fosos de los océanos, esculpimos flores de hielo en las pirámides nevadas de las selvas de Miss, o contemplamos la piedra de Cur que esconde celosa Zuh en alguno de sus subterráneos. La piedra de Cur es un cristal de fuego que guarda las fechas secretas del Origen, la última y la primera. La encontró un artífice mortal detrás de una puerta oxidada que escondía una luna muy pequeña. La luna guardaba en su seno la piedra de Cur.

Nadie lo ignora, el Origen mismo lo ha advertido. Un día (tal vez en una de mis noches), el Origen guardará sus palabras y beberá el sueño de los dioses. Cesará el canto de las sirenas. Los hijos de Zuh y Yefratis abandonarán la pálida cúspide espiral que hiere en el silencio de la lenta noche la luz de las

estrellas. Y atravesando callados los siglos que nos separan del Origen, volveremos hasta él como los diferentes universos que se doblan y bifurcan para desembocar siempre en un vasto y repetido universo. Lo sé. Confundidos con el Origen, su vida será nuestra vida y nuestro sueño el sueño mismo del Origen que medita una nueva raza para poblar nuevamente sus sueños.

Noche de agonía

El viento y el frío seguirán hiriendo en esta noche inmisericorde. La vieja ciudad de los dioses se muere. Toda la gloria construida en honor de nuestros antepasados será arrasada. Es inútil lamentarse ahora.

Recuerdo las tardes en el calpulli. Los ancianos nos contaban extasiados la historia del coyote y el tigre cuando discutían la posesión de las tierras y la aparición de Tláloc, el húmedo, para apaciguarlos con su fresca agua. La vida ingenua de mi niñez se ha ido. Malditos sean los dioses.

Las mujeres lloran en sus cuartos mientras se oyen las palabras del mensajero que canta nuestra derrota. A nuestro alrededor se halla el cerco de los culhuacanos: vendrán por nuestros cuerpos, los ofrendarán a sus dioses.

Hasta aquí llega el hedor de los cadáveres de nuestros héroes; entre ellos están los cuerpos de mi padre y de mis hermanos. Me duele el corazón cuando pienso que pude tener una muerte tan gloriosa como la de ellos. Bastaba ser un poco más grande, algunos meses más viejo. Malditos sean los dioses.

Desde que recibimos las rodelas y los trajes de algodón, aceptamos la derrota. Pese a todo, nuestros hombres se lanzaron a la lucha. Suyos son los paraísos de Coatlicue.

La verdad ha sido ignorada. Hemos dejado que la vida transcurriera normalmente. A la hora acostumbrada, las doncellas limpiaron el atrio del templo. Como sucede siempre, hubo robos, protestas y regateos en el tianguis. No faltó el que dejara sus negocios pendientes para mañana. Hay

semillas sembradas que nadie cosechará. El hombre jamás se acostumbra a la desesperanza.

Tranquilo, he visto esta madrugada el sacrificio de dos espías cuyo estupor delató. Los testigos permanecemos aún indiferentes. Nuestro honor quedará immaculado: nunca se dirá que los teotihuacanos perdieran alguna vez el valor.

Aunque en Huitzilac y Xicayan, en los últimos momentos, las vírgenes se entregaban con desesperación a los más desafortunados sujetos en el momento furibundo previo al frenesí de la devastación final, nosotros no podemos ni queremos hacer nada. Es la guerra. Ha sido la guerra. Nada importa ya.

Después de todo, mañana y los días siguientes continuará el sol brillando, más lejano —todavía— que el vuelo del zopilote sobre nuestros cadáveres. Conforme pasen los días, el buen sol seguirá luciendo indomable y eterno sobre los cuerpos helados del resto de los hombres. Así tiene que ser.

Ha venido mi esclavo y sus entrecortados sollozos pusieron triste mi corazón. Sabe ahora que nos hermanará la muerte; sabe que al terminar la noche, con la desaparición de la última estrella, debo matar a mi madre, a mis hermanas y a cuanto ser viviente halle en esta casa. Los de Culhuacán nos han vencido, pero no tendrán nada que ofrecer a sus malditos dioses. Como ocurrió ya con los de Tecpan, jamás se ofenderá nuestra memoria.

Sin embargo, mis palabras no reconfortaron a mi esclavo. Es la verdad. Y aunque en el fondo sintamos algo injusto e incomprensible; hoy solamente debemos pedir el valor infinito que nos permita morir mañana sin que nuestros cuerpos tiemblen.

Suspiro acongojado al recordar a Ixtli, la pequeña a quien tantas veces hablé de amor a la vera del arroyo. Aquellos días sólo pueden ser recordados por la melancolía que inunda mi cerebro. Con ella me sentí hermanado al monte, a las noches y a la tierra; como si ella fuera, en realidad, la madre del mundo envolviéndome con su ternura.

Después que amanezca sólo quedarán llamas y humo en el poblado. Aunque no lo veremos, mañana en la noche el cielo estará iluminado por las brasas ardientes de nuestros inútiles despojos. Es tal vez justo. Es la última victoria para una raza que no desea perder el esplendor de la gloria con que vivieron sus antepasados. ¿Para qué podría servir el triunfo? Los hombres —han dicho los ancianos— desprecian a los hombres que hacen de su vida una agonía.

Esta tarde, los niños jugaban aún con piedrecillas y construían pequeños templos. El halo de incredulidad que rodea nuestras sensaciones apenas deja percibir el solemne encanto de la derrota. Es como temblar frente a la amada en la primera noche de amor.

Mi único miedo lo concentra la indecisión: no soy capaz de hacer morir a Ixtli con mi puñal. Durante horas le he suplicado y querido demostrar que mi brazo es incapaz de alzarse en su contra. Sería mi castración. Ella me respondió con suavidad diciéndome que soy el único con derecho a hacerlo.

Mi esclavo ha vuelto con las últimas nuevas: en dos días llegarían los ejércitos aliados de los señores de Tlehuetzolotzin y Ahualoco. Nuestro gobernador envió respuestas notificándoles lo inútil de sus esfuerzos: pero les agradeció la fidelidad con que respondieron a nuestros tratados de asistencia. Al conocer la respuesta del sacerdote gobernador, los nobles señores de Ahualolco

y Tlehuetzolotzin enviaron su embajada al señor de Culhuacán para unificar, en nuestra contra, su fuerza. Su alianza nos aniquilará. Sin embargo, nadie se ha enfurecido. A nadie le ha importado. A nadie ofenderán cuando irruman, impíos, en la ciudad divina. Maldito sea el nombre de los dioses.

Este día ha sido el último. El paseo matutino por el templo de Quetzalcóatl ha sido inolvidable. El sacerdote nos contaba las hazañas de los supremos y la creación de los hombres. Cuematzin, sentado al pie de la escalinata de la gran pirámide, nos contó historias de los habitantes allende las selvas. La majestuosidad de mediodía fue subrayada por el último sacrificio en la pirámide solar. La sangre del postrer prisionero fluyó lenta y milagrosa — fértil— mientras los tambores y las chirimías pedían misericordia en nuestra muerte. La comida en casa de Ixtli transcurrió silenciosa entre nosotros, mientras los tzentzontles y los jilgueros canturreaban ociosos, con el ritmo mismo de la fuente. Por último, alguien sugirió mi boda con Ixtli. El anciano de mirada inteligente calló ante mi silencio.

A la hora del reposo cumplí mi guardia en la pirámide lunar. Se oían los gritos lejanos de la batalla perdida. El viento apenas arrastraba un poco de polvo en la calzada solitaria de los muertos. El paisaje, inmenso y triste, parecía contener todo el horror de mi pueblo y la furia de los enemigos en la indiferente tarde.

El futuro preciso se manifestaba en las voces agonizantes en mi lengua. Largos alaridos de los combatientes me estremecieron en la soledad de mi vigilia. El fétido olor de los muertos llegaba con cada golpe del viento. Ni ellos, nuestros defensores, ni nosotros, tendremos derecho al misterio de la tumba.

He visto mi última puesta de sol mirando cada uno de los lugares que testificó mi vida. Recordé mi infancia recién olvidada, mi entrada al servicio del templo, suspiré al recordar el eco de los pasos sapientes de los nobles y los míos en alguna habitación oscura del palacio de las mariposas. Me estremecí pensando a mi padre vivo y su retorno glorioso al frente de sus escuadrones. He vuelto a imaginar el primer encuentro con la primera mujer que se ama, mi temor durante los últimos días, lo que hice ayer, lo que no haré mañana...

Entre los cánticos de las aves nacen los colores del alba. Ya están enterradas las reliquias del templo. Han llorado los que en un momento sonreirán a la vista del cuchillo. Los hombres se han despedido de sus mujeres. Se divisan las primeras llamaradas en las casas de los sacerdotes. Es el fin. Se cubre de sudor mi cuerpo; solo pienso estas palabras. "Por ellos nuestra fue la tierra —reza el salmo—. Sean glorificados." Hoy por ellos nuestro imperio se derrumba. Sean por siempre malditos y alabados nuestros dioses.

Gorhage

LOS HIJOS DEL UNIVERSO

ANTECEDENTES

Ante el extraordinario acervo de material inédito obtenido por el Dr. L. Luscius Varouch en sus investigaciones sobre la última etapa del gobierno del emperador Carlos V, me he visto obligado, por razones de espacio, a hacer la presente selección con una parte constreñida de los datos de irrefutable autenticidad clasificados hasta el momento. Creo que el propio texto excluye las preguntas que podrían formularse, por su silencio, contra Reichnach, Altamira y Menéndez Pelayo, por lo menos.

Asimismo, quiero hacer patente mi agradecimiento a mis amigos Juan Gabriel Valencia y Marco Antonio Campos tanto por su cooperación y paciencia en el manejo del material hagiográfico, como por el auxilio en el ordenamiento del texto.

Los datos aquí expuestos proceden, extrañamente, de la Biblioteca del Escorial, sig. h III, 11 (González, Ensayo III No. 2, 957 - Mogollón, Cat. I, pgs. 220 - 31) 10 fs., dos columnas.

I

Operibus M. Johan Simond.

(extractos)

ABRIL 12 DE 1553

En su rostro había maldad. Se contemplaba en él el gesto de Shiva al admitir un alma en su reino. Nadie lo vio salir de su estudio, donde guardaba todos los libros e instrumentos físicos de medición astronómica.

Ya había caído la tarde de hoy cuando se internó por las calles frías, llenas de perros famélicos entre los desperdicios mosquientos. A su paso halló algunos siervos del Señor, único ente nombrable en la casi infinita extensión del ducado. Llevaban éstos los sacos con los primeros frutos de la estación. Pensó que perros, siervos y tal vez Duque desaparecerían con la siguiente peste. Mas no le importaba.

Ayudado por las sombras se internó, sin ser visto, hasta el corredor último de las murallas (donde nunca penetra el sol). Desde ahí pudo observar los valles iluminados por la luna con la última frontera, al fondo, de los bosques. En el campo paseaban murciélagos e insectos. Todos en la secta conocen la verdad de las irrepetibles noches. El llano brillaba en una lluvia de millares de luciérnagas que en silencio se alejaban de algún peligro cercano. (*Lacuna*)... vio las tinieblas extenderse creando un mundo distinto. Resonaron en sus oídos los gritos y chirridos engendrados en la negrura abismada e inmutable.

Él veía de noche; sus pasos no eran como los de cualquier hombre, tampoco sus sentidos. En él coincidían los deseos del animal y un anhelo de ciencia. Coordinaba sus anhelos y deseos una inteligencia no común entre los seres de su raza. La nuestra.

II

Agosto 2 de 1552

Lo conocí una tarde en la que las sombras huían hacia el horizonte invernal que limitaba todas mis percepciones. Su figura era la de un noble al que no le interesa saber que tiene tullida una mano. Estaba yo en casa del impresor Bartholomeus Tecti Primeo, en la vieja Colonia. Provenía mi otro interlocutor de Austerlitz y estábamos ahí, exclusivamente, para hacer las últimas correcciones al maravilloso *Liber de daimonarum principii et causae*,² amplio compendio de todos los ritos, historias y ceremonias de nuestras inmutables creencias. Ahí teníamos reunido el trabajo de 64 afanosos siglos. A él, los iniciados al culto santo de Kaleopi (Diosa Amarilla), podíamos recurrir para su estudio y ejercicio, sin tener el peligro de adulterar, con el paso de los años, el saber de los siglos precedentes.

Si es extraño que dos hermanos de religión lleguen a encontrarse, fue excepcional que estuviésemos tres en aquel mismo recinto, ya que sólo una vez en la vida nos es permitido establecer un contacto de este tipo, y lo hacemos, por supuesto, para elegir sucesor. De esta forma, nuestro número es perfecto e inalterable siempre: 171. Y esto porque nuestro heredero no comulga totalmente con los demás hermanos si no ha

² Todas las citas corresponden a este texto. *Liber de Daimonarum Principii et Causae*, Köln, 1552. Se conocen cuatro ejemplares: el primero se halla en la Biblioteca Vaticana. Nos hemos servido del ejemplar de la Biblioteca del Escorial para nuestro estudio. El tercero es propiedad de un príncipe rumano radicado en Roma. El último pertenece a la Universidad de Piza. De este cuarto ejemplar se han publicado algunos estudios en la editorial Rizzoli. El principal y más importante de ellos, *La città dei morti*, lo firma el doctor Luccino Tarlati (1952).

sublimado aún los restos de su maestro a la gran Diosa Amarilla. Debo subrayar el hecho de que ninguno de los elegidos está en la posibilidad de morir violentamente porque la madre divina nos protege.

Como estamos elegidos para la soledad, nos queda vedado el conocimiento de posibles hermanos extraterrenales y la especulación de su existencia. Esta soledad implica un anonimato absoluto en todos nuestros trabajos, los cuales tienen que ser entregados puntualmente los días de los ritos de primavera y otoño.

Los textos con los resultados de nuestras investigaciones y procesos de purificación, se sellan y guardan en un cilindro metálico que se deposita en el altar ritual; ahí lo recogerán divinos emisarios, después de los días sagrados, y ya que el ara ha sido confiada, de nuevo, al cuidado de la naturaleza.

En un lugar ignorado, en las altas montañas de Oriente, habita el humilde sectario, hombre sabio al que se le ha confiado el poder de todas las cosas de la Tierra. Es él quien conoce nuestros nombres y sabe las decisiones de cada cual en honor de la Diosa, así como las causas y la finitud de los actos de cada ser humano en la superficie del planeta. Su poder es casi infinito (infinito en relación a lo concerniente al mundo), su deber: no intervenir en la historia.

Jean Sirmond fue mi maestro. Él me inició a los ocho años en el amor a la Diosa. Comencé estudiando sus nombres secretos y el orden de las batallas. Aprendí a leer las estrellas y a escuchar la voz del viento Este. (Llevo innumerables tiempos en la soledad.)

A los diecisiete años reemplacé a mi maestro y hube de

investigar por mi cuenta cuáles eran las ocho puertas del abismo. Estas puertas se abrirán a todo aquel que guarde en su alma las palabras sacras de la Diosa Kaleopi. Palabras que han de ser enunciadas en diferentes tiempos, por distintos hombres. Sólo los justos conocerán la verdad. Y se abrirán las puertas sobre el desdén obstinado de los estúpidos humanos. Es la fecha hermética de la Diosa, la que guarda su poder para el fin último de los eones.

III

2 de agosto de 1552

(2o. frag.)

La tarde era sombría. Entré en la mal iluminada estancia de Bartholomeus, que discutía con Gorhage de Austerlitz sobre un posible error en la interpretación de un texto con un hondo significado teológico que cambiaba totalmente el sentido de la frase ritual de exhortación al tenebroso espíritu de Ygradcki Yoj, máximo enemigo de Kaleopi, muerto en el albor de sus tiempos. Traduzco el texto:

Ygradcki -Llojh, su sucio hermano,
Quiso atentar contra Ella.
Fue rechazado.

Se estremeció el universo.
La posibilidad de cada ser
Negaba la justicia
Mientras cada esencia la pedía.
Amenazaba el caos.
Se dividieron los bandos,
Terrible fue el enfrentamiento:
Cada ente luchó contra sí mismo
Era loco pedirse clemencia.
Pero la hermosa Kaleopi venció.
Con los restos de sus aliados,
Formó los hombres sabios.
Ellos habitan en las monumentales

Pirámides de las montañas
De las tierras de Laí-Dhur: más allá
de donde surge del día su luz,
Dentro del número sacro
De las sacras montañas
Que formó la Diosa. Bella Kaleopi.
Ellos son quienes seleccionaron
Los primeros elegidos.
Es así, sólo de este único modo,
Como fue designada
De la humanidad la suerte.

Kaleopi, compasiva,
Recogió las cenizas de sus enemigos,
Formó con ellas tantos pueblos,
Como cadáveres halló.
A éstos dio los continentes,
Los doce,
Como árida mansión.

Sólo algunos de los herederos
De sus enemigos, con el tiempo,
Podrán ser purificados.³
Designados por los elegidos
De los hombres santos.⁴

.....
Ygradcki -Llojh, tu poder ha desaparecido;
Harú-Lai, el lugar de la batalla,
Como tú, como tu nombre,
Por todos ha sido olvidado.⁵

El problema se nos presentaba, precisamente, en la traducción

³ La traducción arbitraria de este término al latín se atribuía a Bartholomeus. El texto de I. Simmond es lo suficientemente claro como para dejar en pie cualquier duda sobre el particular.

⁴ *Op. cit.* Cap: *De hominorum origo* (V: 5-39). Traducción del Dr. L. Luscius Varouch.

⁵ *Ibidem* (XI: 12-16). Trad. de L.L.V.

del texto donde aparecía la palabra "purificados". Teológicamente, la importancia que cobraban esas sílabas era absoluto.

Al estar el salmo original en lengua rúnica, la palabra, por mera estructura del contexto en ese idioma, aclaraba su significado, el que, en cualquier otra lengua, podría oscilar de "purificados" a "perdonados" entre una infinidad de variantes. Así en latín tenemos "purgatio, _onis" en contraposición a "ignosco, _novi, _notum"; en sajón germánico "begnagdigen" contra "reinigen". Estas variantes eran el tema de nuestra discusión.

Pensando en esto, Bartholomeus, hermano de mirada impenetrable, argumentaba que por ser el rúnico una lengua afín al germano y al anglosajón, era más factible interpretar el sentido de la frase como "una posibilidad de purificación". Aunque consideré débil este argumento, lo acepté como verdadero: mi intuición lo sentía correcto.

Gorhage, visiblemente molesto, respondió que "una humanidad cuyo origen son el cieno y las cenizas es incapaz de ser purificada. Porque su destino, parabólico, no tardará en devolverla al lodo".

Bartholomeus y yo disentíamos de Gorhage. Considerábamos válida nuestra intuición y lo demás nos era indiferente. Hemos dejado el texto conforme a la traducción que he consignado. Gorhage se mostró ofendido con nosotros. Él y yo nos despedimos con la plena certeza de que no sería para siempre.

IV

12 de abril de 1553

Se orientó en la oscuridad. Su marcha duró tres horas por el camino del Septentrión. (*Lacuna*)... Oía por todas partes los himnos y los cánticos entonados por el bosque. Al llegar a la bifurcación tomó el sendero de la derecha; tras quince minutos de marcha se internó entre los árboles serenos. (Sólo se avivaban asustados con el grito del viento.)

Alzó la cabeza para mirar la bóveda acariciada por las nubes. En un claro de hierba húmeda gozó de sus percepciones mientras esperaba. Olvidó al animal que había asustado el ruido de sus pasos. El movimiento de las estrellas señalaba el transcurso de la hora. También sus labios se movían, rezaba: —Dónde estás rubia Kaleopi. No te encuentras en el tiempo, no habitas en el espacio, ni en los interespacios. Dudo, descreo. El todo es algo más que la violencia primera. Mi oración es un niño, Madre, que arrulla el viento del bosque.

V

28 de noviembre de 1552

Después de aquel encuentro he visitado a Gorhage. Me recibió cordial en su estudio, un gabinete equipado con instrumentos astronómicos y de medición física de uso restringido. Lo rodeaban libros y gatos, despreciando el terror de nuestro siglo y de los inmediatos anteriores. En las paredes, los Símbolos Sagrados hacían comprender el avance de sus estudios.

Comentamos la extraña desaparición de Bartholomeus, así como el incendio de su taller. Después, hablamos largo rato acerca del *Liber Daimonarum*, sobre otros textos benditos y su interpretación. Nos preguntamos, en nuestra común ignorancia, acerca de la hipotética

existencia de elegidas en nuestra orden; sobre su disciplina y modo de vida; apenas podíamos sospecharlo. La discusión derivó hacia la lucubración de la entidad de la Madre infinita en el acto creador y su inclinación hacia nosotros para perdonar la falta de su execrable hermano. Con este argumento caí en la cuenta de la imposibilidad de purificación en cualquier contexto.

Entonces, Gorhage von Austerlitz, con voz segura y profunda, me habló de nuestra matemática existencia en el Universo; le oí el significado de nuestra visión del mundo. Habló también de nuestros hermanos de siglos anteriores; de los trabajos que había identificado comparando el texto sagrado y algunas obras de difusión en los medios cultos de los no iniciados. Asimismo, enumeró a muchos que habían disfrazado nuestras enseñanzas en el transcurso del tiempo para lograr una participación, no total, de los incrédulos y paganos en la evolución del pensamiento. Del mismo modo, mencionó los nombres de futuros hermanos que trabajarán humildemente para la Diosa y para los no creyentes. En este punto me extrañaron sus especulaciones porque jamás consideré posible la certeza del futuro, trivial para él.

Aquel era el sacrílego resultado de estudios heterodoxos y el fruto de noches de infernal insomnio. Sin embargo, no me sorprendieron sus blasfemias. Lo nominé impío y le recité las palabras más esperanzadoras del divino texto.

"Habrá quien intente destruir mi número de perfección. Mas no habrá quien olvide mi nombre, nombre de diosa, al mencionar mi Obra. Estaré siempre, y los míos estarán conmigo perenemente; aun en la mitad

de la noche en que se abismen los tiempos..."

Se burlaba de mí, reía, y destapando una jaula me mostró al que había de ser su sucesor abominable: demasiado horrible para ser descrito. Sin embargo, humano.

Pese al terror que invadía mi mente terminé el conjuro: "*...se os dirá paganos e impíos, pero vuestras mentes gritarán mi nombre; aunque de vuestras bocas surjan, monstruosos, aullidos que a los falaces mencionen. Así protegerán vuestros cuerpos las letras que contienen mi nombre.*"⁶

Nada ocurrió. Me respondió tranquilo y me apostrofó de adulterador de textos. Me acusó también de falta por haber ido a corromper su soledad. He huido de ese sitio de locura.

VI

12 de abril de 1553

Gadir de nombre olvidado por los gritos de la historia, veo tus luces confundirse, allá lejos, con la noche. Estoy a medio camino. Es la Diosa quien me guía. El hombre sabio lo sabe: quiero sólo la justicia. No soy sino aquel que desea el destello verdadero en la luz y el fuego del alba.

AQUÍ SE INTERRUMPIÓ PARA
SIEMPRE EL DIARIO DE JOHAN SIMOND.

VII

⁶ *Op. Cit.* Cap: *De interfecti animae* (VIII: 1-18). Trad. de M.A. Campos.

Epílogo

Circa: 13-16 de mayo de 1553

"Velado por los árboles, bendito por el rocío, pasó silencioso la noche. Inmóvil. El encuentro fue muy suave: como el venado al estanque, fue su cuerpo hacia la daga. Fue su alma hasta la Diosa. Sólo a mí me ha sido dado destruir el mito infame de la Diosa que no ama."

G.

Tomado de los textos de Igor Hagendime von Austerlitz. Quemado en la hoguera por orden expresa del Emperador el 2 de enero de 1555, acusado de brujería.

Fuente: Archivo de la Real y Santa Inquisición.
Annus Domini MDCCLXXI, Madrid.

Fin del archivo *Viene la muerte* de Bernardo Ruiz

